

cómo tuvieron fin los celos y rivalidades en que los venerables ministros supradichos andaban enzarzados.»

Y así cómo la ignorancia de *El Globo* deja á sus lectores en ayunas de que la colegiata pasó á catedral. ¡Vayan ustedes á hacerles creer á los militares de poca graduación y á los estudiantes de poca aplicación, que son los que ordinariamente se *ilustran* en *El Globo*, vayan ustedes á hacerles creer que la ex-colegiata de Vitoria no está siendo todavía colegiata!

Verdad es que en cambio creerán que hay en España una ciudad que se llama Galicia.

Porque en la sección de noticias de provincias del mismo día, lleva *El Globo* un epígrafe de letras egipcias que dice: *Galicia*; y pone inmediatamente debajo:

«Escriben de dicha capital.»

¡Lo que es en verdad una *dicha capital* es leer *El Globo*!

Para no enterarse de nada.

ROBO CON FRACTURA

(1886)

I.

Publícase en Barcelona un periodiecho semanal, de esos que llaman *ilustrados*, con el título de *La hormiga de oro*.

El título, como ven ustedes, no puede ser más risible ni más extravagante.

Pero conociendo al inventor, que es pequeñín y tan aficionado á metalizarlo todo, hasta las cosas más espirituales y santas, que ha hablado de la *Misa de plata* de un obispo, aplicando á las misas la frase que los franceses aplican á las bodas, ya el título, si no deja de ser risible, á lo menos parece adecuado.

Tanto más, cuanto que el tal periodiquillo neo, que también es diminuto como su director, viene á ser una hormiguita para su casa, ó para casa de los padres, como se suele decir de las amas de cría.

Comienza invariablemente *La Hormiga* por una *crónica hebdomadaria*, que escribe desde

Madrid un tal *Lupercio*, cuyo verdadero nombre es *Leandro* y el apellido *Herrero*, no sé si porque *yerra* con una constancia digna de cualquier otro mejor oficio.

Político de buena composición, fué redactor de *El Fénix* de Ceferino Suárez Bravo, é hizo desde allí fiera campaña contra el carlismo y en favor de la Unión Católica. Mas como las cosas mestizas no fueran muy bien, y *El Fénix* suspendiera los pagos, abjuró don Leandro de la mesticería echándose á los piés de don Cándido Nocedal, y andando el tiempo entró en la redacción de *El Siglo Futuro*.

Empeñábase allí en echar latines, y como no había estudiado bastante, le salía una especie de latín aproximado, con cada disparate que cantaba el credo.

Había oído decir, por ejemplo, *coram populo*, pero no lo había oído bien, y siempre decía *coram populi*, figurándose que *del pueblo* debía traducirse al latín *populi*, en genitivo.

Fué menester, cumpliendo una obra de misericordia, enseñarle que se decía *coram populo*, y en cuanto lo supo, ya no dejaba la frase de la boca, es decir, de la pluma.

Así es que por entonces le dedicó un periódico este suelto:

«Desde que el redactor de la política de *El Siglo Futuro* ha aprendido que no se dice *coram populi*, sino *coram populo*, no hay día que no nos encaje este latín, venga ó no venga á cuento.

Anteayer escribió lo siguiente:

«El cual (*El Noticiero*) ha declarado *coram populo* que, como Pidal tratara de ponerle el bonete... se armaría la gorda.»

»Copió esto *El Globo* ayer mañana, y anoche, con la disculpa de dar á conocer el comentario de *El Globo*, vuelve el redactor de *El Siglo Futuro* á decir lo mismo:

»El cual (*El Noticiero*) ha declarado *coram populo* que, como Pidal tratara... etc.»

«Bueno... Basta.

Nos damos ya por enterados y no tenemos inconveniente en hacer constar que ya sabe el redactor de *El Siglo Futuro* decir *coram populo*.

Pero que conste también que lo sabe desde que se lo hizo aprender de un estacazo *Venancio González* en sus *Ripios*.

La letra con sangre entra.»

Nada más natural que el que un escritor de la clase de D. Leandro ó de *Lupercio* escriba la *Crónica hebdomadaria* del periódico de Llauder, por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan.

Pero es el caso, que este verano último el señor *Lupercio* tuvo que tomar baños para curarse una dolencia crónica, y como si los lectores de la *Hormiga* tuvieran la culpa, les encajó en varios números del mes de Setiembre una relación de su viaje.

Empieza diciéndoles que no viajó por lujo, sino por la ley de la necesidad, que adquirió la dolencia en largos años de labor literaria, que no puede dormir en el tren, con otras cosas igualmente importantes; y tras de hablar-

les de «las termas de Caldas de Oviedo», lo cual no está bien, porque *termas* y *caldas* viene á ser una misma cosa, la emprende con los *viajeros dormilones*, de los que dice que «es posible que no abran el ojo desde Robledo de Chavela hasta la segunda corte de la monarquía de la reconquista, sin darse cuenta de que han pasado por Valladolid y Palencia», y añade: «Pero en León, *si no van á Galicia*, tienen que despertar á la fuerza, avisados por los gritos del mozo de la estación que anuncia el cambio de vía.»

«Si no van á Galicia...» Es decir, que si van á Galicia no les despiertan los gritos del mozo de la estación... que deben ser unos gritos muy especiales.

Como que sólo despiertan á los que van á Asturias.

A menos que lo especial no sea la manera de construir que tiene *Lupercio*.

Pero dejemos estas menudencias para que se enteren ustedes de que *Lupercio* se pone enseguida á describir la ciudad de León y sus monumentos más ilustres, sin haberlos visto, por supuesto, porque esa es la gracia.

Es decir, la gracia principal no es esa; porque esa gracia, y me refiero á la de copiar, la tienen muchos: la gracia principal es la de copiar sin entender las cosas, y hacer ensalada con ellas y trabucarlas: esta es la gracia especial de D. Leandro.

No crean ustedes que tuvo que ir muy lejos á proveerse de la erudición que vende como suya á los *hormiguistas dorados*, no: no hizo más que comprar un ejemplar del *Viaje descriptivo de Palencia á la Coruña*, de don Ricardo Becerro de Bengoa; libro que se halla en las librerías de las estaciones, buscar en él la parte referente á León, leerla deprisa y no entenderla y copiarla servilmente cambiando alguna palabra que otra y... cátense ustedes á todos los lectores *hormigueros* tan creídos de que es un pozo de erudición su cronista.

Para que se vea el robo con más claridad, voy á poner apareados algunos párrafos del libro del ilustrado catedrático de Palencia y de la *Crónica de Lupercio*:

El libro de Becerro.

«Las torres, los palacios, las murallas, nos están contando á voces la historia de la ciudad, que conserva para orgullo del arte y atractivo de los viajeros, *tres joyas: San Isidoro, la catedral y San Marcos; es decir, tres verdaderos capítulos de la historia* de la arquitectura, en sus fases románica, ojival y del renacimiento.»

La Crónica de D. Leandro.

«Para mayor estímulo de los apetitos patrióticos, descúbrense desde la estación los tres grandes monumentos arquitectónicos de la ciudad coronada, *joyas* riquísimas de la piedad y del arte.... Tales son, *San Isidoro, la catedral y San Marcos, tres capítulos* en piedra de la historia del arte románico, ojival y del renacimiento.»

Hablando de la catedral, dicen:

El libro de Becerro.

«La catedral de León es un ejemplar del gusto ojival primitivo que dominó en Francia en la primera mitad del siglo XIII, y que no se implantó en España hasta la segunda. París, Chartres, Laon, Mans, Dol, Reims, Coutance, Troyes, Amiens y otras ciudades, guardan espléndidos monumentos de aquellos cincuenta años, en los que dejaron impresa la inmortal huella de su genio los maestros laicos Juan de Chelles, Roberto de Luzarches, Roberto de Coucy y otros... En aquel período, pues, en que el maestro Villard de Honnecourt escribía su *Album monumental*, cuando las atrevidas construcciones de Reims y Amiens, dieron la norma á los maestros para llevar por todas partes el espíritu de los nuevos templos ojivales, León empezó á ver alzar su grandiosa iglesia.»

La Crónica de D. Leandro.

«Esa catedral es un ejemplar del gusto ojival primitivo que dominó en Francia desde mediados del siglo XIII, y que se implantó en España antes de concluirse aquella centuria. En París, Chartres, Laon, Mans, Dol, Reims, Coutance, Troyes y Amiens, existen preciosos monumentos de aquella mitad de siglo, en los cuales dejaron impreso el sello de su genio inmortal los maestros Juan de Chelles, Roberto de Luzarches y Roberto de Coucy. En aquel tiempo, cuando Villard de Honnecourt escribía su *Album monumental*, cuando se propagó el espíritu de los nuevos templos ojivales, empezó á construirse la grandiosa catedral de León.»

¿Verdad que de este modo es cosa muy fácil hacer descripciones? Poner *sello* donde dice *huella*, poner *mitad de siglo* donde dice *cincuenta años*, poner *tiempo* donde dice *período*, suprimir la palabra *laicos*, que había puesto Becerro por un resabio progresista, y con muy pocas variaciones más, tan sencillas como estas, resulta un artículo hecho y derecho.

O por lo menos hecho y cobrable, que para el caso viene á ser lo mismo.

Mas no crean ustedes que el oficio no tiene sus quiebras. Copiando sin sentido común y sin conocimiento de las cosas, es facilísimo, al tratar de hacer una variación, hacer una plancha.

Especialmente si es herrero el que forja.

Verán ustedes una.

Habla Ricardo Becerro en su libro de la nueva y hermosa calle de Ordoño II, por donde se entra en la ciudad saliendo de la estación del ferrocarril, y dice:

«Sin ciertas fatalidades que pesan sobre todos los pueblos, *esta línea de construcción moderna*, hubiera ido á parar al pie de la preciosa catedral leonesa, cuyos chapiteles y fachada la cierran casi de frente; pero álzase en el intermedio, además de algún grupo de casas, el palacio de los Guzmanes, que imposibilita la realización de tan bello deseo.»

Leyó esto don Leandro sin enterarse bien, creyó que lo de *línea* se refería al ferrocarril,

y al ferrocarril encajó el párrafo, sin omitir ni aún el *bello deseo*, en esta forma:

—«Lástima—interrumpió una señora—que no podamos ver completa la fachada.

—Si que lo es. La *línea férrea* debía pasar al pie del famoso templo leonés; pero álzase en el intermedio el palacio de los Guzmanes y una barriada de casas, lo cual impidió realizar *tan bello deseo*».

¡Pero hombre! ¿Dónde ha visto usted que las líneas férreas pasen al pie de las catedrales, por enmedio de las poblaciones? ¿Ni quién había de haber tenido el *bello deseo* de arrasar á León para llevar el ferrocarril por lo que es ahora plaza de Regla?

Otra vez entérese usted mejor de las cosas, señor don Leandro, y cuando no pueda usted resistir la tentación de hurtar, hurte usted sin romper ni fracturar nada.

Para que no sea robo con fractura.

II.

Es muy posible que si á *Lupercio* se le pidieran explicaciones de sus rapiñas literarias contestara de una manera parecida al otro del cuento:

—¿Paréceles á ustedes cosa tan fácil hinchar una *hormiga*?—

Y la verdad es que, aun cuando las hormigas son muy pequeñas, hallándose completamente vacío y exhausto de conocimientos el hinchador, no debe ser la empresa tan sencilla como parece.

De aquí, la necesidad de acudir para llenar columnas, siquiera sean columnas de *hormiga*, á ciertos procedimientos tan cómodos como reprobados. Y que si son de resultado próspero para dentro del hormigal ignaro de los lectores habituales, son contraproducentes y llevan á la picota del descrédito en el instante en que acierta á pasar por junto á las hormigas alguna persona.

Sigamos poniendo de manifiesto el cuerpo del delito.

Había dicho el señor D. Ricardo Becerro en su *Viaje de Palencia á la Coruña*, impreso en 1883:

«La fachada se compone de un cuerpo central con tres bellas arcadas ojivales de ingreso, apoyadas en pilares sueltos y columnatas, con multitud de estatuas inferiores del último período románico y numerosas esculturas en las respectivas archivoltas, que constituyen una rica colección de modelos de estatuaria y composición de principios del siglo XIII.»

Aquí, como se ve, no ha puesto D. Leandro de su cosecha más que el *compónese*, en lugar de *se compone*, la supresión del adjetivo *bellas*, muy bien aplicado por el Sr. Becerro á las arcadas ojivales, el cambio de la palabra *multitud* por la de *abundancia*, para volver á poner luego la *multitud* en lugar de *numerosas*, y el *siglo XIII* en lugar de *principios del siglo XIII*.

Vamos adelante.

Dice Herrero en su *Crónica hebdomadaria de la Hormiga de oro*, impresa el 4 de Setiembre de 1886:

«Porque la fachada... etcétera. Compónese de un cuerpo central, con tres arcadas ojivales de ingreso, apoyadas en pilares sueltos y columnatas, con abundancia de estatuas del último período del arte románico y multitud de esculturas en las respectivas archivoltas, modelos preciosos del siglo XIII.»

El libro de Becerro: La crónica de Herrero:

«En el testero de la puerta de la izquierda ó del Norte, vése representada la historia de la Virgen; su nacimiento, la Visitación, el nacimiento de Jesús y la Adoración.»

«En el testero de la puerta del Norte se ve representada la historia de la Virgen.»

Aquí don *Lupercio* suprimió la *izquierda*, que hace falta... (y con decir que hace falta, ya se sabe que no hablo de *izquierda* del general López Domínguez), porque diciendo sólo *del Norte*, parece que se trata de una puerta que da al Norte, cuando da al Poniente.

Además suprimió la enumeración de las escenas de la vida de la Virgen, enumeración que era necesaria, para completarla después con las que hay al otro lado. Sigamos.

Becerro en el libro: Lupercio en la «Hormiga»:

«Entre los pilares que separan esta puerta de la central, está el rey administrando justicia, como lo indica la inscripción: *Locus appellationis*, que allí se lee.»

«En el vano que separa esta puerta de la central, se descubre al rey administrando justicia según indica la inscripción: *Locus appellationis*.»

Aquí se ha limitado el cronista *hormiguero* á poner *en el vano*, donde el señor Becerro decía *entre los pilares*, en lo cual hizo el hor-

miguero cronista una tontería, porque precisamente aquello no es un vano. Después puso *se descubre al rey* en lugar de *está el rey*, con lo cual también empeoró la cosa un poco. Continuemos.

**El libro del
señor Becerro:**

«Sobre la puerta principal aparece admirable y detallado el cuadro del juicio final: en la pilastra de su centro la Virgen de la Blanca...»

Aquí el Sr. Herrero, por meterse á mundo, poner *aparecen* en lugar de *aparece*, y suprimir luego las palabras *en la pilastra de su centro*, lo echó todo á perder, pues agrupó el juicio final y la Virgen de la Blanca indebidamente, y colocó á la Virgen de la Blanca *sobre* la puerta, cuando más bien está *debajo*, es decir, en el centro.

Nada, señor *Lupercio*, que lo rompe usted todo, y que cada paso es para usted un tropiezo, porque hasta para cometer hurtos literarios se necesita tener más discernimiento que el que usted tiene.—Adelante.

Becerro en el libro:

«... y sobre la puerta de la *izquierda*, la Muer-

**La crónica de
D. Leandro:**

«Sobre la puerta principal aparecen, bien detallado, el juicio final y una efigie de la Virgen de la Blanca.»

D. Leandro en la Crónica:

«... y sobre la puerta de la *izquierda* la Muer-

te, la Asunción y la Coronación de María».

te, Asunción y Coronación de la Madre de Jesús».

¡Y aquí que el Sr. Becerro se había equivocado poniendo la *izquierda* en lugar de la *derecha*, pues que la puerta de que se trata es la de la derecha, aquí no quiso D. Leandro suprimir la *izquierda* como allá atrás, sino que copió la equivocación servilmente!

¡Qué oportuno es este D. Leandro!

Se le figuró que con cambiar á *María* por la *Madre de Jesús* ya quedaba el párrafo bastante desfigurado, y, en cambio de hacerle menos armonioso, le dejó el error que tenía.

Otro parrafito.

El libro decía:

«Cierra por lo alto la línea de estas arcadas una galería ó antepecho calado: sobre ella se alza el muro con hermoso óculo ó rosetón de pintada vidriería y un grupo esculpido de la Anunciación en el piso alto, y corona este cuerpo un remate plateresco que no cuadra al resto de la obra, y que debe desaparecer». (1)

Lupercio dice:

«Una galería ó antepecho calado cierra por lo alto la línea de arcadas, y sobre ella se alza el muro con el rosetón de *esmaltados vidrios*, coronando este cuerpo un remate plateresco *indigno* del resto de la obra.»

(1) Ya ha desaparecido.